



Sermón Dominical

REV. JAVIER ULLOA CASTELLANOS

DOMINGO 15 DE MARZO 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA "HASTA ALCANZAR NUESTRO DESTINO" FILIPENSES 3: 12-21

El Señor nos convoca a seguir adelante hasta alcanzar la meta, el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

"Dios guía tu futuro". Es el título de un libro en el que se comparte, entre otras cosas, una significativa idea, y que hoy cobra relevancia frente a los difíciles tiempos que vivimos: "Dios no desperdicia el tiempo contigo, ni con ninguno de sus hijos e hijas, todo lo que él te ha permitido vivir, estudiar, capacitarte, desarrollar, ejercer, cultivar, construir y perder, él, con su gracia lo redimirá y todo lo usará para que tú madures, y te prepares para servirle; solo tienes que decidirte a seguirlo, él guía tu futuro".

En la mitología romana había un dios llamado "Jano", en latín "Janus", que tenía dos caras: una mirando hacia delante y la otra mirando hacia atrás. Era el dios de las puertas (entradas), de los finales y de los comienzos. A este dios lo invocaban y lo honraban quienes iniciaban un nuevo proyecto, los que contraían matrimonio o cuando nacía un bebé. Era el dios de la transición. Seguro que Pablo conocía de este dios, y le escribe a la iglesia de Filipos: "olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante". Y lo escribe no guiado por los pronósticos del dios romano, sino para recordar que la vida de las y los seguidores de Jesús no está determinada por éste ni por ningún otro, más que por el amor de Dios Padre, la gracia de Jesucristo y por el consuelo y la fortaleza del Espíritu Santo.

SIN MIRAR ATRÁS

La narrativa de Pablo comienza con un gesto de sacudida. Imaginemos a un corredor en el antiguo estadio griego. Si ese corredor gira la cabeza para ver qué tan lejos están sus competidores o para lamentarse por un tropiezo en la primera vuelta, pierde el equilibrio y la velocidad. Esto nos habla de la gestión de la memoria. Pablo no dice que el pasado no exista, sino que le quita el derecho de propiedad sobre su presente. Hay quienes viven en un "museo de fracasos" o, peor aún, en un "mausoleo de éxitos pasados". Si Dios ya lanzó nuestros pecados al fondo del mar, ¿por qué seguir buceando para rescatarlos? La madurez comienza cuando dejamos de definirnos por lo que fuimos y empezamos a definarnos por lo que Cristo está haciendo en nosotros.

Dios quiere que sigamos corriendo la carrera de la fe, con seguridad y esperanza, porque él aún no termina si obra en sus seguidores, y nosotros aún no hemos hecho todo lo que él quiere que hagamos; pero si hemos decidido seguir a Cristo, entonces habremos tomado la mejor decisión de la vida. Hoy deseamos afirmar con toda convicción que somos una iglesia que se ve desde hoy hacia el mañana, porque proseguimos a la meta. Es verdad, los acontecimientos recientes, y especialmente los que hemos vivido en estas últimas semanas en nuestra ciudad, país y en el mundo, no nos dan mucho aliento y esperanza, al contrario, nos provocan un sentimiento de indefensión e incertidumbre; sin embargo, el

“Autor y Consumador” de nuestra esperanza nos alienta para seguir adelante, nos da su Palabra para que comprendamos que él tiene en sus manos nuestro presente y futuro, que aún no termina su obra en nosotros, y desea a que levantemos la mirada y nos pongamos en camino hacia la meta que es él, y con un sentido de esperanza y avance.

Pablo recordó su pasado, para declararse redimido por Cristo, el cual es ahora su mayor ganancia (v.1-11). Ahora en el presente, él también vislumbra el futuro. (vv.12-16). Si lo perfecto se entiende aquí (v.12) como lo que no necesita mejoramiento alguno, o lo que ha sido terminado, entonces Pablo es alguien que todavía tiene mucho que descubrir, aprender y practicar acerca de la fe. Ni todos sus logros ministeriales en su carrera ya corrida, le permiten sentirse satisfecho. Dios ha puesto en el camino correcto al apóstol, pero no ha terminado con él. En esta carrera no se olvida la meta que está siempre adelante; y es lo único que le interesa a Pablo: no dejar de cumplir con el propósito de Dios para su vida y vocación (v. 13-14), y por lo cual fue “asido por Cristo”. Él es la meta para Pablo y la semejanza en su vida y obra es su gran premio. Una vida que busca la plena unión con Cristo. ¿Cómo? Asirse de Cristo y no soltarse de él. Cobijarse en sus brazos como un niño se cobija bajo las manos protectoras de su padre y madre. Asirse de Cristo significa tomarle la palabra que promete estar con nosotros todos los días hasta el último y encarar la vida con confianza y valentía. Asirse de Cristo es creer que lo que él comenzó en nuestras vidas, las culminará de buena manera, porque él no se equivoca jamás. Asirse de él es fijar nuestra mirada en sus ojos y ver a través de ellos todo lo que nos pasa, para que, arraigados y cimentados en la fe en él, prosigamos adelante hasta alcanzar la meta, hasta ver cumplido su propósito en nosotros y en su iglesia.

ATENTOS A LA TRAMPA DE LA LLEGADA

Pablo introduce un giro narrativo sobre la madurez (v. 15). Es una paradoja: los que son "perfectos" son precisamente aquellos que reconocen que no son perfectos. El mayor obstáculo para el crecimiento

no es la ignorancia, sino la ilusión de llegada. Cuando sentimos que ya sabemos lo suficiente, que ya oramos lo suficiente, que ya trabajamos para el Señor lo suficiente, que ya atendimos a nuestros hermanos lo suficiente, o que nuestro carácter ya es "suficientemente bueno", entonces nos volvemos estáticos. Somos una iglesia monumento. El "sentir lo mismo" que pide Pablo es una invitación a mantener una insatisfacción santa. Es la humildad de decir: "Señor, todavía hay áreas de mi corazón que necesitan ser colonizadas por tu gracia". Hay otro tipo de perfección, y el apóstol habla a los filipenses en este sentido (v.15). Perfecto equivale a madurez, como un proceso continuo de desarrollo y crecimiento en la vida cristiana. Aquel que cree que ya ha llegado a la meta denota falta de madurez. Pablo anima a sus hermanos y hermanas a esforzarse por vivir una vida de resucitados en la cual es posible alcanzar una identidad nueva, un sentido de pertenencia nuevo, una vida auténtica, novedosa, gracias al poder del Espíritu Santo y a ser copartícipes del amor de Cristo (v. 16). Por eso, la iglesia de Jesucristo no puede detener su marcha en el caminar de la fe hacia el cumplimiento del sueño, de la visión y del propósito para el cual fuimos “asidos”: sujetados, prendidos por Jesucristo. Aferrados a Cristo. Cada uno de sus hijos e hijas, hemos sido asidos por Cristo con una finalidad; cada uno de nosotros somos el sueño de Dios, y debemos avanzar durante toda nuestra vida en la persecución y realización de ese proyecto para el que fuimos escogidos.

Si ahora somos cristianos es porque el Cristo resucitado nos ha tomado de su mano, y ha cambiado la perspectiva y prioridades de la vida. “Dios no nos trajo hasta aquí para volver atrás”. Asimismo, su iglesia reconoce y agradece a Dios por todas las buenas cosas que nos ha permitido desarrollar, pero, al igual que el apóstol Pablo, no podemos gloriamos de las conquistas espirituales del pasado y menguar nuestro compromiso cristiano, la iglesia no puede “dormir sobre sus laureles”. Hay muchos distractores que pueden entorpecer nuestro paso para equivocar el rumbo, hay muchas circunstancias que con mucha razón nos impelen a pararnos y no querer caminar más,

y si miramos hacia atrás, perdemos el ritmo y el rumbo. Hay que estar vigilantes para que el estancamiento espiritual no nos invada, y nos lleve a “detener” nuestra carrera. La vida cristiana es una vida de sumas y no de restas, por ello se añade a la fe, virtud, conocimiento, dominio propio, paciencia, piedad, afecto fraternal y amor. Y si estas cosas abundan en nosotros, no permitirán que estemos sin frutos, en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo (2ª Pedro 1:5-8).

SABIENDO QUE VIVIMOS ENTRE DOS PATRIAS

A mitad del relato, el tono de Pablo se vuelve sombrío y tierno a la vez. Habla con lágrimas (v. 18). Describe a personas cuyo dios es su propio vientre, refiriéndose a personas cuya máxima autoridad son sus impulsos, sentimientos y deseos inmediatos. Pablo hace un juego de palabras interesante: dice que los que somos “perfectos” (maduros) debemos sentir esto mismo. La madurez bíblica no es la ausencia de errores, sino la claridad del propósito.

Sabemos que la búsqueda de la madurez cristiana no está exenta de amenazas y peligros, y aunque Cristo es la meta, Pablo tiene sus razones y se aventura a ponerse él mismo como ejemplo; y lo era para los filipenses (v. 17). Por su vida y obra tiene la autoridad espiritual para pedir a esta iglesia amada que lo imiten. De igual modo incluye a Timoteo, Epafrodito y a otros líderes de la iglesia. “No somos perfectos”, pero sí buscamos vivir a Cristo, no solo en lo que decimos, sino también en lo que hacemos; por nuestros frutos somos conocidos y sabemos que glorificamos a Cristo con nuestras vidas. Pero hay otros a los que no se debe imitar (v.18-19). Como ya antes había advertido sobre los judaizantes, al parecer hay otros grupos que intentan desequilibrar la vida comunitaria. No se sabe con exactitud quiénes eran, pero por la angustia y tristeza de Pablo, podemos suponer que eran “cristianos” que tenían relación con la iglesia de Filipos; les llama “enemigos de la cruz de Cristo”, su conducta está sujeta a “sus pasiones y deseos” y no a una vida de libertad en Cristo. Más bien se aprovechan del cristianismo para predicar “otro evangelio”, se jactan de lo que debiera

avergonzarlos. Utilizan argumentos engañosos para justificar sus pecados. Aparentan ser cristianos, pero niegan el poder de la cruz para transformar la vida. Ambos ejemplos han de tornarse en cuenta, unos para seguirlos, otros para evitarlos.

“Que en mí puedan ver a Jesús...” dice un himno tradicional evangélico, ¿cómo ven a Cristo en nosotros? Quizá tengamos temor de decir a otros: imítame, pero a la vez, podemos decir, lo intento cada día y vale la pena ser cristiano. No nos sentimos perfectos, porque no lo somos, pero sí fieles y dispuestos a que el Señor siga moldeando nuestro carácter, mejorando nuestras relaciones, sanando nuestras heridas, afirmando nuestros corazones; fieles a hacer la voluntad del Señor en nuestras vidas. Este es el mejor ejemplo que podemos dar a nuestros hermanos y hermanas, a nuestras familias, a nuestros hijos e hijas, a las y los jóvenes que en estos tiempos ven derrumbarse muchas esperanzas y no encuentran paradigmas en el mundo a los cuáles asirse con seguridad y firmeza. Que puedan ver en nosotros cómo encaran la vida los discípulos de Jesucristo. Todos en algún momento podemos ser modelo para los demás, en la iglesia, en la mutua edificación que produce confianza y alegría, ser ejemplos que construyan la comunidad.

Qué triste sería despertar un día a la realidad de que hemos vivido para nosotros mismos y no para la gloria de Cristo, que hemos buscado el camino fácil y cómodo para evitar la cruz que nos compromete. Esa cruz es nuestra garantía, nuestra seguridad, nuestra victoria, es la esperanza que tanto nos ha estado cuestionando estos días tan difíciles que vivimos. Pablo nos recuerda que somos embajadores. Una o un embajador vive en un país extranjero, pero no se rige por las leyes de ese país, sino por las de su patria de origen. Nuestra ciudadanía está en los cielos. Esto significa que cuando el mundo nos dice que busquemos la venganza, el poder o el disfrute egoísta, recordamos nuestro pasaporte celestial, y entonces buscamos el amor, la paz, la justicia y fraternidad humana. Nuestra ética no se adapta al suelo que pisamos, sino al reino al que pertenecemos.

ALCANZANDO LA META PROMETIDA

Proseguimos a la meta como peregrinos en esta tierra, hacia el futuro de la plena redención de todas las cosas. Si otros piensan solo en lo terrenal, nosotros vivimos en la esperanza del cielo y tierra nuevos. Nuestra ciudadanía está en los cielos, y es por eso que hoy corremos esta carrera como ciudadanos del Reino de Dios aquí en la tierra con esta certeza (v.20). Ciudadanía que nos compromete a ser congruentes con la vida en Cristo. Es el nuevo reino que está amaneciendo, el nuevo reino que está entre nosotros, el reino que aguardamos al final de los tiempos. Con esperanza proseguimos a la meta. A la vez que trabajamos con alegría y disposición como portadores de buenas nuevas para que el futuro de otros sea mejor y más pleno. Y esto nos basta. Hay un hermoso himno latinoamericano que dice en una de sus estrofas: "Quien espera va y se arriesga sin certezas; lleva un mundo en las venas que se inventa. Tras las ruinas del presente que se quiebra se construye lo nuevo que libera. Los que esperan somos pueblo; es la iglesia que camina tras la tierra prometida, caravana de hermanos que confían, que se gana en la lucha cada día. En Jesús está su fuerza, en sus pasos, sus palabras".

Amén.

Iglesia Bautista Shalom
Av. San Jerónimo 137
San Ángel.
CDMX
T. 55 5616 7732

